Decía el filósofo Bion de un rico avariento : éste no posee sus bienes, sino que ellos le poseen á él. ¡ Estado por cierto infeliz para un hombre racional !

Un antiguo proverbio dice, que los avarientos nunca hacen bien sino cuando mueren : los herederos se aprovechan entonces de lo que ellos ahorraron en vida.

Un solo día de la vida de los sabios es más que toda la vida de los ignorantes, por más larga que se suponga.

TROZOS SACADOS DE LOS EVANGELIOS. — San Mateo.

Cap. V, *v.* 43. Habéis oído que fué dicho : Amarás á tu prójimo, y tendrás odio á tu enemigo.

44. Yo os digo más : Amad á vuestros enemigos : haced bien á los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian :

45. Para que seáis hijos imitadores de vuestro Padre celestial : el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores.

46. Que si no amáis más que á los que os aman, ¿ qué premio habéis de tener ? ¿ no lo hacen así aun los publicanos ?

47. Y si no saludáis á otros que á vuestros hermanos, ¿ qué tiene eso de particular ? por ventura ¿ no hacen también esto los paganos ?

48. Sed pues vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto, imitándole en cuanto podáis.

Cap. VI, *v.* 1. Guardaos bien de hacer vuestras obras buenas en presencia de los hombres con el fin de que os vean : de otra manera no recibiréis su galardón de vuestro Padre que está en los cielos.

2. Y así cuando des limosna, no quieras publicarla á son de trompeta, como hacen los hipócritas en las sinagogas, y las calles ó plazas, á fin de ser honrados de los hombres. En verdad os digo, que ya recibieron su recompensa.

3. Mas tú cuando des limosna, haz que tu mano izquierda no perciba lo que hace tu derecha :

4. Para que tu limosna quede oculta, y tu Padre, que ve lo más oculto, te recompensará en público.

5. Asimismo cuando oráis, no habéis de ser como los hipócritas, que de propósito se ponen á orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres : en verdad os digo, que ya recibieron su recompensa.

6. Tú, al contrario, cuando hubieres de orar, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora en secreto á tu Padre, y tu Padre, que ve lo más secreto, te premiará en público.

7. En la oración no afectéis hablar mucho, como hacen los gentiles, que se imaginan haber de ser oídos á fuerza de palabras.

8. No queráis, pues, imitarlos ; que bien sabe vuestro Padre lo que habéis menester, antes de pedírselo.

9. Ved pues cómo habéis de orar : Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre.

10. Venga el tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

11. El pan nuestro de cada día dánosle hoy.

12. Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

13. Y no nos dejes caer en la tentación. Mas líbranos de mal. Amén.

14. Porque si perdonáis á los hombres las ofensas que cometen contra vosotros, también vuestro Padre celestial os perdonará vuestros pecados.

15. Pero si vosotros no perdonáis á los hombres ; tampoco vuestro Padre os perdonará los pecados.

16. Cuando ayunéis, no os pongáis caritristes como los hipócritas, que desfiguran sus rostros para mostrar á los hombres que ayunan. En verdad os digo, que ya recibieron su galardón.

17 Tú, al contrario, cuando ayunes, perfuma tu cabeza, y lava bien tu cara.

18. Para que no conozcan los hombres que ayunas, sino únicamente tu Padre, que está presente á todo, aun á lo que hay de más secreto; y tu Padre que ve lo que pasa en secreto, te dará por ello la recompensa.

19. No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orín y la polilla los consumen: y donde los ladrones los desentierran, y roban.

20 Atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo: donde no hay orín, ni polilla que los consuma: ni tampoco ladrones que los desentierren, y roben.

21. Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.

22. Antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si tu ojo fuere sencillo, ó estuviere limpio, todo tu cuerpo estará iluminado.

23. Mas si tienes malicioso ó malo tu ojo, todo tu cuerpo estará obscurecido. Que si lo que debe ser luz en ti es tinieblas, las mismas tinieblas ¡cuán grandes serán!

24. Ninguno puede servir á dos señores; porque ó tendrá aversión al uno, y amor al otro; ó si se sujeta al primero, mirará con desdén al segundo. No podéis servir á Dios y á las riquezas.

25. En razón de esto os digo, no os acongojéis por el cuidado de hallar qué comer para sustentar vuestra vida, ó de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. Qué, ¿no vale más la vida ó el alma que el alimento; y el cuerpo que el vestido?

26. Mirad las aves del cielo, cómo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valéis vosotros mucho más sin comparación que ellas?

27. Y ¿quién de vosotros á fuerza de discursos puede añadir un codo á su estatura?

28. Y acerca del vestido ¿á qué propósito inquietaros? Contemplad los lirios del campo cómo crecen y florecen; ellos no labran, ni tampoco hilan.

29. Sin embargo, yo os digo, que ni Salomón en medio de toda su gloria se vistió con tanto primor como uno de estos lirios.

30. Pues si una hierba del campo, que hoy es ó florece, y mañana se echa en el horno, Dios así la viste; ¿cuánto más á vosotros hombres de poca fe?

31. Así que no vayáis diciendo acongojados: ¿dónde hallaremos qué comer y beber? ¿dónde hallaremos con qué vestirnos?

32. Como hacen los paganos, los cuales andan ansiosos tras todas estas cosas; que bien sabe vuestro Padre la necesidad que de ellas tenéis.

33. Así que, buscad primero el reino de Dios, y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura.

34. No andéis pues acongojados por el día de mañana; que el día de mañana harto cuidado traerá por sí. Bástale á cada día su propio afán ó tarea.

CAPÍTULO VII DE SAN MATEO.

1. No queráis juzgar, para que no seáis juzgados.

2. Pues con el juicio con que juzgareis, seréis juzgados; y con la medida con que midiereis, os volverán á medir.

3. ¿Por qué pues ves la pajita en el ojo de tu hermano; y no ves la viga en tu ojo?

4. ¿Ó cómo dices á tu hermano: deja, sacaré la pajita de tu ojo, y se está viendo una viga en el tuyo?

5. ¿Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás para sacar la mota del ojo de tu hermano.

6. No deis lo santo á los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos; no sea que las huellen con sus pies, y revolviéndose contra vosotros os despedacen.

7. Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.

8. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama se le abrirá.

9. ¿Ó quién de vosotros es el hombre, á quien si su hijo pidiere pan, le dará una piedra?

10. ¿Ó si pidiere un pez, por ventura le dará una serpiente?

11. Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas á vuestros hijos; ¿cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará bienes á los que se los pidan?

12. Y así todo lo que queréis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo también vosotros con ellos; porque ésta es la ley y los profetas.

13. Entrad por la puerta estrecha: porque ancha es la puerta, y espacioso el camino, que lleva á la perdición, y muchos son los que entran por él.

14. ¡Qué angosta es la puerta, y qué estrecho el camino, que lleva á la vida; y pocos son los que atinan con él!

15. Guardaos de los falsos profetas, que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, y dentro son lobos robadores.

16. Por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura cogen uvas de los espinos, ó higos de los abrojos?

17. Así todo árbol bueno lleva buenos frutos; y el mal árbol lleva malos frutos.

18. No puede el árbol bueno llevar malos frutos; ni el árbol malo llevar buenos frutos.

19. Todo árbol, que no lleva buen fruto, será cortado, y metido en el fuego.

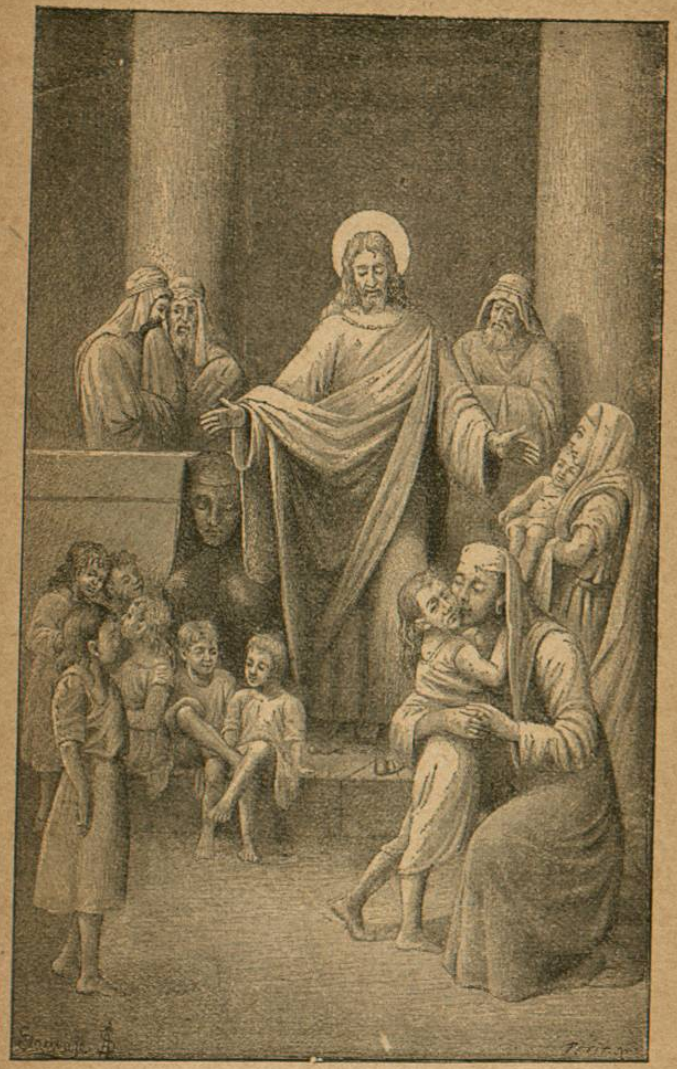
20. Así pues, por los frutos de ellos los conoceréis.

21. No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos.

22. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿pues no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?

23. Y entonces yo les diré claramente; nunca os conocí; apartaos de mí los que obráis la iniquidad.

24. Pues todo aquel que oye estas mis palabras, y las cumple, comparado será á un varón sabio, que edificó su casa sobre la peña.



DEJAD QUE LOS NIÑOS VENGAN Á MÍ.

25. Que descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron impetuosamente en aquella casa, y no cayó; porque estaba cimentada sobre peña.

26. Y todo el que oye estas mis palabras, y no las cumple, semejante será á un hombre loco, que edificó su casa sobre arena.

27. Que descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron impetuosamente sobre aquella casa, y cayó, y fué su ruina grande.

28. Y fué, que cuando Jesús hubo acabado estos discursos, se maravillaban las gentes de su doctrina.

29. Porque los enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los Escribas de ellos, y los Fariseos.

TRADUCCIÓN DEL P. SCÍO.

CAPÍTULO XVII DE SAN JUAN.

1. ESTAS cosas dijo Jesús; y alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, viene la hora, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique á ti.

2. Como le has dado poder sobre toda carne, para que todo lo que le diste á él, les dé á ellos vida eterna.

3. Y esta es la vida eterna; que te conozcan á ti sólo Dios verdadero, y á Jesucristo á quien enviaste.

4. Ya te he glorificado sobre la tierra; he acabado la obra que me diste á hacer.

5. Ahora pues, Padre, glorifícame tú en ti mismo con aquella gloria, que tuve en ti, antes que fuese el mundo.

6. He manifestado tu nombre á los hombres, que me diste del mundo; tuyos eran, y me los diste á mí, y guardaron tu palabra.

7. Ahora han conocido, que todas las cosas, que me diste, de ti son.

8. Porque les he dado las palabras, que me diste : y ellos las han recibido, y han conocido verdaderamente, que yo salí de ti, y han creído que tú me enviaste.

9. Yo ruego por ellos ; no ruego por el mundo, sino por estos, que me diste, porque tuyos son ;

10. Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías ; y en ellas he sido glorificado.

11. Y ya no estoy en el mundo, mas éstos están en el mundo, y yo voy á ti. Padre santo, guarda por tu nombre á aquellos que me diste ; para que sean una cosa, como también nosotros.

12. Mientras que yo estaba con ellos, los guardaba en tu nombre. Guardé á los que me diste, y no pereció ninguno de ellos, sino el hijo de perdición, para que se cumpliese la Escritura.

13. Mas ahora voy á ti, y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos.

14. Yo les di tu palabra, y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.

15. No te ruego que los quites del mundo, sino que los guardes de mal.

16. No son del mundo, así como tampoco yo soy del mundo.

17. Santifícalos con tu verdad. Tu palabra es la verdad.

18. Como tú me enviaste al mundo, también yo los he enviado al mundo.

19. Y por ellos yo me santifico á mí mismo ; para que ellos sean también santificados en verdad.

20. Mas no ruego tan solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos.

21. Para que sean todos una cosa, así como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también sean ellos una cosa en nosotros ; para que el mundo crea que tú me enviaste.

22. Yo les he dado la gloria, que tú me diste ; para que sean una cosa, como también nosotros somos una cosa.

23. Yo en ellos, y tú en mí : para que sean consumados

en una cosa ; y que conozca el mundo, que tú me has enviado, y que los has amado, como también me amaste á mí :

24. Padre, quiero que aquellos que tú me diste, estén conmigo en donde yo estoy : para que vean mi gloria, que tú me diste : porque me has amado antes del establecimiento del mundo.

25. Padre justo, el mundo no te ha conocido : mas yo te he conocido ; y éstos han conocido que tú me enviaste.

26. Y les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer : para que el amor, con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.

ANECDOTAS.

Un italiano muy aficionado al juego, y no muy sobrante de medios, solía decir cuando perdía : ¡ Oh fortuna traidora ! tú puedes hacerme perder ; pero no podrás hacerme pagar.

Cuando Cortés volvió á España, fué recibido con la mayor frialdad por el Emperador Carlos V. Presentóse un día inesperadamente á este monarca.

— ¿ Quién eres ? dijo el Emperador con altivez.

— Un hombre, respondió Cortés, que ha dado á V. M. más provincias, que ciudades heredó de sus antepasados.

La doble renuncia que hizo el emperador Carlos V del imperio y del trono de España, es el acto más digno de admiración de toda su vida. Conociendo este príncipe muy á fondo la vanidad de todas las grandezas, y la falsa brillantez de las coronas, prefirió el retiro de San Yuste al palacio imperial ; hallando en este estado una satisfacción mucho más sólida que en ser el árbitro de la Europa. La gloria que rodea á la grandeza nos inclina á admirar á los que la renuncian libremente.